

## Capítulo Uno

**H**an pasado ya tres años... Al principio soñaba cada noche que volvía a mí, y yo, asombrado y feliz, le preguntaba: “Pero, ¿no estabas muerto?, ¿no habías muerto?”. Ahora, después de esos tres años, sigo teniendo con frecuencia el mismo sueño. Lo único que ha cambiado es que, cuando ocurre, me digo que simplemente se trata de un sueño, hasta que me despierto.

El clima en Vancouver durante el verano es muy agradable, siempre soleado, con una brisa fresca y constante, muy distinto al de Pekín, con su calor húmedo y sofocante, y su viento cargado de polvo. Cuando me despierto al amanecer sigo preguntándome, desorientado, como si acabase de llegar a un lugar extraño, que dónde estoy, sin reconocer mi habitación. Pero cuando, a través de la ventana, veo moverse, mecidas por el viento, las hojas de los arces y descubro a la mujer que duerme profundamente a mi lado –mi nueva esposa–, dejo escapar un suspiro e intento dormirme de nuevo, buscando retomar, en el sueño, el hilo de los recuerdos...

En China yo era el hijo de un alto funcionario, un joven con buena educación y fama de playboy. Después de graduarme de la escuela secundaria, conseguí ser admitido en la facultad de Letras de una famosa universidad. Aún sin terminar mis estudios, durante el segundo año de carrera, inicié un negocio con un par de amigos. Cuando al fin me gradué, me las arreglé para conseguir un préstamo de montante considerable con el que pude crear mi propia empresa dedicada al comercio. El negocio fue muy fructífero, pues me dedicaba a comercializar cualquier cosa que me diese dinero, sobre todo con los países del este europeo. Cinco años más tarde, con el respaldo de mi influyente padre y, también, gracias a mi propia capacidad, la empresa acumulaba ya más de cien millones de yuanes de beneficios. Por ese entonces yo tenía veintisiete años.

Durante aquel periodo nunca pensé en casarme, ni siquiera en tener una pareja estable. Había comenzado a salir con chicas ya en mi adolescencia. Como sucede a todo el mundo, aún recuerdo la primera muchacha con la que me acosté. Era dos años mayor que yo, una pequeña y hermosa mujer con unos bonitos ojos, largas y negras pestañas

y una nariz recta encantadora. Tenía dos hoyuelos en las mejillas, que se hacían notar cuando sonreía y que despertaban en mí deseos de morderla. Aquella primera vez sucedió en mi casa, aprovechando que mis padres no estaban. Ese día nos habíamos saltado las clases y le pedí a la criada que se tomase la mañana libre.

A la muchacha se la veía realmente emocionada. Empezamos a besarnos con mucha y juvenil pasión. Luego intenté meter mis manos debajo de su ropa. Al principio pareció que aquello no le importaba, pues seguía besándome con ardor, pero cuando mis manos empezaron a acariciar sus pechos, hizo un mohín y con timidez intentó alejarme, pronunciando un casi inaudible “no”. Mi corazón, para ese entonces, latía desbocado y me di cuenta de que la excitación que me dominaba impedía ya que me controlase. Sus tímidos intentos de rechazar mis acometidas incrementaban mi fogosidad. Le murmuré falsedades como que la amaba o que pensaba casarme con ella, mientras la desnudaba y yo me quitaba los pantalones. Le levanté las piernas e intenté torpemente, tres o cuatro veces, penetrarla, pero solo pude conseguirlo cuando ella me guio con su mano. Una vez que estuve dentro de su cuerpo, antes incluso de que supiese qué debía hacer a continuación, eyaculé. Luego me di cuenta de que ella lloraba, aunque no supe si sería de placer o de dolor. Imaginé que todas las chicas llorarían después de su primera vez.

No fue hasta un año más tarde, cuando ya tenía una cierta experiencia sexual, que caí en la cuenta de que yo no debía de haber sido la primera pareja de aquella muchacha, ni siquiera la tercera o la cuarta. Comencé a tener relaciones frecuentes y a cambiar constantemente de chica. Comprobé que el mayor problema no era conseguir las, sino deshacerme de ellas. Mi corazón empezó a albergar un sentimiento de rechazo por aquellas jóvenes que me importunaban constantemente con sus confesiones de que querían casarse conmigo y con nadie más, y que me prometían fidelidad por el resto de sus vidas. Tanto llegaron a agobiarme, que durante un tiempo hasta las temí. Fue en esa coyuntura que un amigo me presentó a un muchacho que cantaba en un bar. Y con él comprobé que había encontrado un nuevo tipo de diversión que nunca me había siquiera planteado.

Desde entonces ha pasado tanto tiempo que no consigo recordar su nombre, aunque su imagen permanece vívida en mi memoria. Era de tez clara y muy bello. Me dijo que estaba en la veintena y que era mayor que yo, pero parecía tener tan solo 18 o 19 años. (Preguntarle la edad a un chico es un tabú más grande que preguntárselo a una chica, cuando se juega a este tipo de juegos). Su único defecto eran algunos rastros de acné que afeaban su rostro. Nos conocimos en el bar en el que trabajaba y le pedí que cantase dos canciones. Resultó ser bastante hablador, aunque también se le veía un poco tímido. Cuando el bar cerró sus puertas, me invitó para que lo acompañase a su casa. El mucha-

cho continuó hablando durante todo el camino, de una cosa y de otra, lo que hacía que yo pareciera un tanto pasivo. Se le veía muy atento y buscaba siempre mi aprobación a lo que decía.

Su casa no estaba mal. Era un pequeño apartamento con un dormitorio y una sala de estar, amueblado pobremente. La limpieza y el orden que imperaban allí me hicieron recordar el desorden y la suciedad del dormitorio que compartía por entonces con otros ocho estudiantes e, incluso, el de mi propia leonera.

—Mis padres prepararon esto para cuando me case —dijo con una sonrisa, fijando sus ojos en mí. Luego se dirigió hacia el baño—. Voy a tomar una ducha, siempre lo hago cuando regreso del bar, pues allí, con tanta gente junta, huele mal, y el mal olor termina por pegarse a uno. ¿Quieres ducharte tú también?

—Esperaré —dije con un tono que resultó cortante, hosco, aunque, en realidad, creo que estaba tratando de ocultar mi nerviosismo. No se me había ocurrido pensar que podía ser más difícil irse a la cama con un chico que con una chica.

En escasos minutos salió del cuarto de baño, vestido únicamente con unos calzoncillos. Tenía un cuerpo bonito, bien proporcionado. No me di cuenta en el momento de que sus cabellos estaban secos. En solo unos segundos el muchacho parecía haber cambiado. Sin decir una sola palabra, se acercó a mí y comenzó a acariciarme suavemente. Luego me quitó la camisa y empezó a besarme con delicadeza por todo el cuerpo, mientras sus manos me palpaban por encima de los pantalones. No me atrevía ni a respirar, pero comencé a sentirme embargado por una genuina excitación.

Me pregunté a mí mismo por qué seguía sentado rígidamente, sin responder a sus caricias. El muchacho pareció notar mi embarazo. Detuvo sus caricias, levantó la cabeza y me miró a los ojos con ternura y un cierto aire de impotencia. Dios mío, sentí que aquella mirada me excitaba como nunca antes otra lo había hecho, pues, sin saber cómo, consiguió generar en mí todo un cúmulo de deseos y de sentimientos: afecto, compasión, instinto de dominación e incluso crueldad. Con brusquedad lo empujé sobre la cama y mis manos comenzaron a recorrer y a sentir su cuerpo. Era un cuerpo joven, suave y duro, completamente distinto a la blandura de las mujeres. Rápidamente me ayudó a desprenderme de los pantalones. Mi fea erección saltó fuera de mis calzoncillos en cuanto comenzó a bajarlos. Sonrió al verlo:

—¡Qué grande! —dijo antes de empezar a jugar con mi miembro en su boca.

Yo respiraba con dificultad, descontrolado, cerrando los ojos. Aquello era muy excitante. Muchas veces había pedido a las chicas con las que me había acostado que me hiciesen aquello, pero la mayoría se negaban; otras aceptaron, pero se detenían nada más empezar o me

hacían daño con los dientes. Él, en cambio, lamía mi pene en todas las direcciones, con verdadera maestría, mientras se masturbaba.

—¡Me voy a correr! —grité.

Separó su boca y tomó mi pene con una de sus manos, mientras que con la otra continuaba acariciando el suyo. No pude contenerme por mucho más tiempo y disparé una gran cantidad de esperma. Nunca me había sentido tan excitado, sin ninguna obligación, sin ninguna promesa por medio; solo el disfrute, el puro placer.

Poco después me di cuenta de que él seguía con el pene erecto. Aunque sentí un poco de pena, me dije que yo no iba a darle una mamada en respuesta a la suya. Sin embargo, a él no pareció importarle. Con delicadeza llevó una de mis manos a mi pene agotado para que lo acariciase. Luego él se ocupó de sí mismo: con una de sus manos empezó a masturbarse, mientras que con la otra acariciaba su ano. Pronto vi que se excitaba mucho. Parecía temblar, emitiendo pequeños gemidos que me parecían como de mujer. Una de mis manos fue a ayudarlo y también comenzó a acariciar su ano. Él continuó con ligeras sacudidas en su cuerpo, gimiendo, respirando con dificultad, hasta que eyaculó.

Luego me diría que yo era el chico más interesante con el que nunca había estado. Sus otros “amigos” eran más expertos, pero por alguna razón se había sentido más a gusto conmigo. Sin saber por qué, yo no me sentí contento al escuchar aquel cumplido. Me sentía, por primera vez, como si hubiese perdido algo, tal vez la inocencia. Pero pronto quise compensar aquella pérdida, y lo hice como se compensan las pérdidas de juego: jugando más. Con esa mentalidad de jugador y con creciente efectivo en el bolsillo, me resultó fácil completar una larga lista de amantes. Hasta que conocí a Lan Yu.

Con solo 27 años, parecía que ya había logrado todo lo que podía desear, por lo que creo ahora que mi actitud era muy arrogante. Además del tiempo que dedicaba a los negocios, pasaba muchas horas entre amigos y amantes. Una mañana, después de una negociación comercial llevada a cabo con gran habilidad, me preguntaba sobre lo que hacer aquella noche cuando entró en mi despacho Liu Zheng, uno de mis empelados de confianza. Nos conocíamos bien, pues habíamos crecido juntos.

—No he visto salir muy contento al ruso esta mañana —dijo sonriendo nada más cruzar la puerta.

—Quería mayores descuentos, pero no es muy hábil en la negociación, así que le dije que lo tomaba o lo dejaba, que no podía mejorarle la oferta. Pero hablando de cosas más divertidas, esta noche voy a jugar a los bolos en el Imperial Capital, ¿te apuntas? —le pregunté sin demasiado interés.

—¿Por qué no invitas a Hao Mei? Me llamó esta mañana y dijo que te saludase.

—Olvídala, cómprale un bolso o cualquier otra cosa en mi nombre. Pero no dejes que me llame constantemente.

—¿Aburrido de nuevo? —Liu sonrió durante unos segundos antes de agregar—: El otro día conocí a un muchacho, en el World Trade Center. Acaba de llegar a Pekín para estudiar en la universidad. Parecía indefenso, desvalido. ¿Te interesa?

—¡Ni hablar! En estos momentos estoy harto, tanto de los chicos como de las chicas. No sé cómo te las arreglas para conocer a ese tipo de gente. ¿Estás seguro de que son limpios, que se duchan? Me parece un poco asquerosillo —respondí intentando mantener una sonrisa.

—Es un chico puro, de verdad. No está metido en el ambiente. Acaba de cumplir dieciséis y está cursando el primer año en la universidad. Imagino que está necesitado de dinero, aunque él no lo dice, pero estoy seguro de que es así.

—Igual es un pequeño delincuente, o tal vez un trabajador de la construcción venido de otra provincia. Desde hace tiempo Pekín está repleto de gente de ese tipo.

Liu Zheng no insistió sobre el tema y pasó a hablarme del intérprete de ruso que trabajaba para nuestra compañía, del cual desconfiaba. Él era dos años mayor que yo, aunque nos graduamos en la escuela secundaria en el mismo año. En la primaria habíamos sido compañeros de clase, en la secundarias íbamos a la misma escuela, aunque yo cursaba el bachiller de Letras y él el de Ciencias. Luego no tendría mucha suerte en el examen de acceso a la universidad y terminó en la escuela Normal, estudiando para maestro, pero tras graduarse decidió que no quería ser profesor de una escuela de primaria de un barrio pobre, así que vino a pedirme ayuda. Aunque yo no necesito maestros o profesores en mi compañía, lo traté como merece un viejo amigo y le ofrecí un cargo importante, el de director adjunto, un puesto sin cometido concreto. Lo utilizo como fuente de información, como asesor y, también, para que me busque “diversiones”. Lo que más me gusta de él es que es un hombre inteligente y leal. Además, es de trato fácil, agradable y no es envidioso. También, a pesar de ser muy decente y normal en materia de sexo, acepta bien y tolera mi indecencia en ese campo.

—Muy bien, eso es todo. Iré a reunirme contigo en el Imperial Capital esta noche —dijo dirigiéndose a la puerta de mi despacho.

—Ummm... Trae a ese niño contigo, si es que crees que vale la pena.

—De acuerdo, así lo haré —sonrió Liu Zheng.

—¿Qué vas a decirle?

—Únicamente le diré que el señor Director General Chen necesita compañía. Sé cómo convencerlo: mil yuanes.

—¡Tan barato! Espero que se haya lavado.

–Tranquilo. Estoy seguro de que es virgen. Igual es él el que piensa que el que está falto de limpieza eres tú.

–¡Vete a la mierda, cabronazo! –lo maldije con una sonrisa antes de que cruzase la puerta.